

Entrevista a José del Rey Fajardo.

Universidad Católica Andrés Bello. Caracas-Venezuela.

Por Magdi Molina Contreras. Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela.

[magdimolinacontreras@yahoo.es]

Tema: La conciencia histórica y la identidad cultural de los pueblos.

El profesor José del Rey Fajardo, constituye una referencia obligada para el conocimiento de las humanidades, la historia, la filosofía y la teología, con una visión profunda sobre los acontecimientos humanos hacedores de la vida de los pueblos. Asimismo, el profesor Fajardo ha demostrado amplias perspectivas acerca de lo que debería ser el futuro, en un mundo más humano, justo y respetuoso. De allí su compromiso ineludible con nuestro país, basado en la formación de hombres y mujeres con ética en el trabajo, en el quehacer científico y en la convivencia familiar, inspirados en valores morales que representen un nuevo renacimiento como él lo ha señalado en varias ocasiones, para que todos busquemos los cambios y transformaciones que requerimos.

Por ello, reitera la misión del docente quien debe ser ejemplo, demostrando honestidad y aptitudes pedagógicas que contribuyan en la formación integral de sus estudiantes con sensibilidad humana, capacidades creadoras y pensamiento crítico y reflexivo. Aquí el profesor Fajardo, alude el papel de la historia, cuya comprensión debe llevar al respeto de la dignidad de los pueblos y de su identidad socio-cultural, tomando conciencia del esfuerzo de hombres y mujeres en el pasado para construir las sociedades actuales. De esa manera percibimos las enseñanzas del profesor José del Rey Fajardo, quien sigue dejando valiosas contribuciones para la reflexión de quienes siguen su obra, y comprenden, que los seres humanos de hoy deben construir grandes cimientos de lucha, para el mundo del mañana como devenir histórico.



...la historia nos enseña que el mundo no puede ser redimido de una vez para siempre, y que cada generación tiene que empujar como Sísifo, su propia piedra, para evitar que ésta la aplaste. Sin embargo, individuos y pueblos enteros no cesan de renunciar voluntariamente a esa sencilla lección para refugiarse una y otra vez en la falsa utopía. La historia no se concibe para explicar lo que ocurrió, sino para convertirla en metáfora de una identidad colectiva invulnerable.

Sinopsis biográfica

José del Rey Fajardo es profesor titular de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas. Doctor en Letras por la Universidad de Los Andes en Mérida y en Historia por la Pontificia Universidad Javeriana. Académico de Número (Sillón S) de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Rector fundador de la Universidad Católica del Táchira (Venezuela). Desde 1992 miembro del Sistema de Promoción del Investigador del ONCTI (Observatorio Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación: Ministerio de Ciencia y Tecnología en su máximo nivel y actualmente Emérito. Doctor Honoris Causa por las Universidades: Los Andes (Mérida), Zulia (Maracaibo), Rómulo Gallegos (San Juan de Los Morros) y Cecilio Acosta (Maracaibo). Presidente del Consejo Superior de la Universidad Valle del Momboy (Valera. Estado Trujillo). Su ingente producción histórica está especializada en el estudio de las mentalidades en el Nuevo Reino de Granada, en las formas culturales de las Misiones jesuíticas en la Orinoquia y en la Pedagogía jesuítica colonial.

¿Cuáles han sido sus líneas de investigación a lo largo de su trayectoria?

...las disciplinas han de ser enseñadas por los mejores profesores, y el profesor, amén de ser excelente en su disciplina, ha de poseer todas las capacidades pedagógicas y didácticas para interesar a sus alumnos en una disciplina que no es la propia de ellos y transmitirles su mística.

Mi formación académica la integran las visiones humanísticas, filosóficas, teológicas e históricas que se acercan al acontecer humano desde ángulos muy diversos. Cuando estudiaba teología en Alemania, un gran profesor me sugirió, como tema de horizonte en el que debía especializarme, importancia que asume en la verdadera historia de una nación, el estudio de la génesis del binomio hombre-tierra. Ciertamente ese consejo ha sido la carta de navegar en mis investigaciones.

Cuatro instituciones han configurado mi producción intelectual: El Instituto de Investigaciones Históricas de la UCAB, mi asesoría al Ministerio de Relaciones Exteriores para problemas históricos y territoriales, la Academia Nacional de la Historia y el Grupo de Investigación “Patrimonio Construido Colombiano” de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

¿Qué impacto han tenido sus investigaciones en las ciencias sociales y humanas?

Pensamos que historia y tradición siempre serán un paradigma necesario a la hora de interpretar la visión y el aporte de los seguidores de Ignacio de Loyola a la humanización no sólo de los hombres, sino también de las ciencias venezolanas.

Mi tesis doctoral en la ULA fue “Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana”. El modelo de mi tesis fue de inmediato aceptado por las órdenes religiosas que laboraron en

tiempos coloniales en Venezuela y así se produjeron vitales investigaciones por parte de los franciscanos, capuchinos, agustinos y jesuitas.

Al hacerme cargo del Instituto de Investigaciones Históricas de la UCAB, de inmediato intuí los horizontes que se abrían para esa disciplina. Así fundé el Centro de Lenguas Indígenas en el que se dieron cita lingüistas como fray Cesáreo de Armellada, gramáticos como Jesús Olza, lingüistas como Francisco Javier Pérez y literatos vernáculos como Miguel Ángel Jusayú. El Centro publicó en 10 años más de 60 títulos sobre la literatura indígena venezolana y muchos de ellos en texto bilingüe.

Un hito importante fue la fundación de la Revista “Montalbán” en 1972, que a los pocos años logró tener 500 canjes. Fue un exponente cualificado del florecimiento que tuvieron los estudios humanísticos en Venezuela durante la década de los años 70. Montalbán logró convocar selectas plumas nacionales y extranjeras porque el criterio consistía en publicar tesis doctorales premiadas y estudios de especialistas sobre los más diversos temas del mundo cultural en sus más diversas disciplinas. Lamentablemente, al viajar a San Cristóbal para fundar la Universidad Católica del Táchira, la revista decayó sensiblemente.

Desde San Cristóbal seguí los mismos caminos recorridos por Montalbán con mi nueva revista “Paramillo” y con idénticos resultados. Al final del siglo XX, con Paramillo logramos establecer más de 300 canjes que terminaron por enriquecer la sección de publicaciones periódicas de la UCAT. Con Paramillo iniciamos el siglo XXI auscultando los más diversos problemas de las humanidades ante los retos que la vida digital ha propuesto para aquéllas.

Mi tesis doctoral en Historia en la Universidad Javeriana de Bogotá “La cultura jesuítica en la Orinoquia”, me vinculó con una interesante corriente intercultural que se desarrollaba en dicha Casa de Estudios.

En efecto, a través del Grupo de Investigación “Patrimonio Construido Colombiano”, pasé a colaborar como historiador con el grupo de arquitectos que estudiaban el alma de la sociedad colonial a través del complejo mundo del arte en sus diversas dimensiones pero con la ayuda de la historia social.

Mis aportes han consistido en el estudio de las mentalidades tanto a través de los escritos de los maestros javerianos como del imaginario que supuso la “manzana jesuítica” en el corazón de Bogotá y su influjo inspirador en ciudades como Cartagena, Mompox, Honda, Mérida, Caracas y Maracaibo por citar algunas. Esta producción alcanza 25 volúmenes.

La colaboración con la Academia Nacional de la Historia de Caracas, se ha dirigido fundamentalmente al rescate y publicación de las fuentes coloniales jesuíticas como un aporte fundamental a la historiografía venezolana. Así puedo citar los estudios sobre José Gumilla, Pedro de Mercado, Matías de Tapia, José Cassani, Agustín de Vega, entre otros.

¿Cuál ha sido su mayor aporte para la reconstrucción histórica de aquellos hechos y procesos cuyo conocimiento, permite promover el respeto a las identidades culturales de los pueblos?

Se trata de un reto para recrear un nuevo renacimiento que inspire a los hombres preocupados por el verdadero futuro de nuestros pueblos, una reflexión serena y comprometedora que aliente los cambios a la luz de la razón jurídica, de la arquitectura, de la poesía, del paisaje humano y de la historia.

Pensamos que historia y tradición siempre serán un paradigma necesario a la hora de interpretar la visión y el aporte de los seguidores de Ignacio de Loyola a la humanización no sólo de los hombres, sino también de las ciencias venezolanas.

Si nos reducimos al ámbito de Venezuela, mi mayor aporte lo describen los 7 volúmenes que he dedicado a “Los jesuitas en Venezuela”: Las fuentes, los hombres, los indígenas, la topo-historia, las misiones y la República de las letras.

En Mérida, Maracaibo y Caracas, con los jesuitas, se inició la enseñanza institucional de la Retórica y por ello ayudó a crear en Venezuela la denominada “República de las Letras” pues, fuera de las ciencias, esta disciplina constituyó el único prestigio social e intelectual hasta mediados del siglo XVIII. Como estatuye Roland Barthes, la *Ratio Studiorum* de los jesuitas consagra la preponderancia de las humanidades y de la retórica latina en la educación de las juventudes. Su fuerza formativa la deriva de la ideología que legaliza, la “identidad entre una disciplina escolar, una disciplina de pensamiento y una disciplina de lenguaje”.

Pero, si nos referimos a la acción de los misioneros jesuitas en sus reducciones del río Orinoco, debemos aceptar que se trataba de un reto gigantesco, como era el de pasar de la prehistoria a la historia y suponía un cambio tan radical que era imposible poder ser asimilado de inmediato por la mentalidad del indígena. Se trataba de abandonar una autonomía casi absoluta con sus ritos y ritmos muy específicos y adquirir una libertad totalmente distinta y condicionada por las exigencias de la ciudad misional.

Era aceptar el hábitat de la reducción como el espacio idóneo para un nuevo orden social basado en la convivencia, el trabajo, la igualdad, el respeto a las tradiciones identitarias y la justicia. La tolerancia y la comprensión exigirían al misionero armarse de paciencia y resistencia pues ésta era la única clave para diseñar el paso de una civilización “sacral” a una “profana”. Por ello, siempre llamó la atención la liberalidad con que los jesuitas actuaron frente a la población adulta a la que permitían ausentarse de los poblados durante cinco días a la semana para atender sus sembradíos.

En sus *Lecciones de Filosofía de la Historia*, Hegel afrontaría en repetidas ocasiones el tema americano para establecer su tesis que “América se ha mostrado siempre física y espiritualmente impotente”. Sólo los jesuitas -según él- tratarían de romper esa especie de noria circular de la impotencia basada en el binomio falta de necesidades-ausencia de actividad, para lo cual, crearon nuevas necesidades y con ellas el deseo y la voluntad de obtenerlas pues ese es el móvil principal

de las acciones de los hombres. De esta forma la reducción producía un nuevo modo de ser en la búsqueda de cambios profundos y por ello se orientaba a crear cultura en todos los órdenes: político, económico y religioso.

¿Cómo observa en la actualidad los procesos de enseñanza y aprendizaje de la historia en los centros educativos, y por consiguiente, cómo ve el conocimiento socio-histórico de los jóvenes?

...hay que reedificar la casa de las ciencias en la que se ha de realizar la unión entre la fidelidad a su pasado y la fidelidad responsable con un presente utilitarista y pragmático, y con un futuro más humano y más justo que hay que construir.

Responderé de forma más general a su pregunta ya que como naturalizado no puedo ser docente de la la historia patria en las instituciones educativas.

En 1997 publicó Martha Nussbaum su interesante libro: *El cultivo de las humanidades*, y en su escrito afronta esta escritora, la importancia prioritaria de las artes y humanidades como disciplinas transmisoras de cualidades esenciales para la vida misma de la democracia, así como la imaginación, la creatividad, la capacidad de empatía y el pensamiento crítico.

Es la respuesta del humanismo al galopante desarrollo de la ciencia y la tecnología, así como el fantasma omnipresente de la “globalización”, particularmente en lo económico y cultural. Ello impone a la universidad de hoy tomar una renovada conciencia de su identidad (es decir, de su tradición) y asumir como “unidad de búsqueda”, la tarea de emprender nuevos caminos que se definan en el gran desafío de ser la guardiana de su identidad, y a la vez la garante de una fidelidad creativa, abierta siempre a la novedad de lo desconocido, y aún de lo no-existente.

En otras palabras, hay que reedificar la casa de las ciencias en la que se ha de realizar la unión entre la fidelidad a su pasado y la fidelidad responsable con un presente utilitarista y pragmático, y con un futuro más humano y más justo que hay que construir.

¿Cuál cree usted que debería ser la metodología para la enseñanza y el aprendizaje de la historia en los ámbitos escolares, desde la educación inicial hasta la universidad, en función de incentivar la conciencia histórica de los estudiantes?

...el método se concibe más como un arte, que como una ciencia. No se aprende en los libros sino en el laboratorio o en el seminario. Lo que cuenta es el ejemplo del maestro, el esfuerzo por imitarlo y sus comentarios acerca del trabajo del estudiante.

Me circunscribiré al método. La rápida obsolescencia de las tecnologías y su impacto en el mundo laboral y profesional con el desempleo funcional, plantea la necesidad de una preparación

mental que capacite al egresado universitario para poder asumir los cambios cuantitativos y cualitativos como niveles progresivos de adiestramiento y de conocimiento. A ello se accede mediante el método.

Ya el jesuita inglés Edmundo Campion, profesor de la Universidad de Oxford, en su discurso: *De iuvene académico*, expresaba: "¿Qué hay que desear lo primero para los estudiantes? La viva voz del maestro. ¿Y en segundo lugar? El método. ¿Y en tercer lugar? El método. ¿Y en cuarto? El método. Y ¿en el quinto? El ejercicio".

La reflexión sobre el método puede realizarse en una de las tres formas siguientes:

En la primera, el método se concibe más como un arte, que como una ciencia. No se aprende en los libros sino en el laboratorio o en el seminario. Lo que cuenta es el ejemplo del maestro, el esfuerzo por imitarlo y sus comentarios acerca del trabajo del estudiante.

En la segunda, espíritus audaces seleccionan la ciencia de mayor éxito en su tiempo, estudian sus procedimientos, formulan leyes y finalmente proponen una concepción analógica de la ciencia.

En la tercera, se parte del presupuesto que las dos formas anteriores hacen muy poco por hacer avanzar las materias que menor éxito han alcanzado ya que faltan maestros que seguir y modelos que imitar.

Hay que resaltar que no se trata de un conjunto de reglas que cualquiera ha de seguir meticulosamente para hacer ciencia. Se trata de un marco destinado a favorecer la creatividad y la colaboración. El método describe los diversos grupos de operaciones que el científico ha de realizar en el cumplimiento de sus diversas tareas. Podríamos definirlo como un esquema normativo de operaciones recurrentes y relacionadas entre sí que producen resultados acumulativos y progresivos.

¿Cuáles son las temáticas que los investigadores deberían abordar, que no han sido estudiadas o han sido estudiadas muy poco, pero que son importantes para reconstruir la memoria histórica de los pueblos?

...Hay que resaltar que no se trata de un conjunto de reglas que cualquiera ha de seguir meticulosamente para hacer ciencia. Se trata de un marco destinado a favorecer la creatividad y la colaboración.

Entre las grandes lecciones que asimila el investigador a lo largo de su caminar por los acontecimientos humanos, es que la historia nos enseña que el mundo no puede ser redimido de una vez para siempre y que cada generación tiene que empujar, como Sísifo, su propia piedra, para evitar que ésta la aplaste. Sin embargo, individuos y pueblos enteros no cesan de renunciar voluntariamente a esa sencilla lección para refugiarse una y otra vez en la falsa utopía. La historia no se concibe para explicar lo que ocurrió sino para convertirla en metáfora de una identidad colectiva invulnerable. Venezuela como nación no puede ser reducida al articulado de un texto jurídico -mal concebido y de dudosa legitimidad- para sobrevivir apenas como mera administración presupuestaria, como un Estado sin alma.

Una nación es una cultura, realizada en la historia, que se incorpora no sólo como territorio, sino como conciencia de sí misma despertada por la palabra de quien la busca y vivida como tradición.

El punto de partida para cualquier meditación debe iniciar su recorrido en la génesis histórico-jurídica de *La ciudad ordenada*, ya que como asienta Luciano Parejo “la trascendencia de tal concepto es clara pues sin él no se entiende ni el inmediato florecimiento en suelo americano de una intensa vida cultural y política propia, ni el edificio de gobierno político-administrativo capaz de articular tan vastos y diversos territorios” .

Se trata de un reto para recrear un nuevo renacimiento que inspire a los hombres preocupados por el verdadero futuro de nuestros pueblos, una reflexión serena y comprometedora que aliente los cambios a la luz de la razón jurídica, de la arquitectura, de la poesía del paisaje humano y de la historia.

¿Cuál es su visión de la universidad hoy?

La tarea de las universidades debería ser la de brindar a sus estudiantes estos espacios de verdadera y real interdisciplinariedad, especialmente en las investigaciones y consultorías.

En una conferencia Internacional llevada a cabo en Barcelona del 18 al 20 de octubre de 2004, sobre “El Compromiso Social de la Universidad”, el doctor Werner Arber, Premio Nobel de Medicina de 1978, presentó una ponencia con un título bien sugerente: “Educación para la excelencia disciplinaria, para la competencia transdisciplinaria y para la experiencia interdisciplinaria”.

La excelencia disciplinaria es, desde luego, el compromiso fundamental de la Universidad con sus estudiantes. Por eso la excelencia académica debe centrarse en lograr que los estudiantes adquieran una verdadera excelencia en el manejo de la propia disciplina. Hay que tener presente que la educación es proyectiva, lo que se descubrió en diversas épocas, se ha olvidado en otras y corre el peligro de transformarse en una noción borrosa en nuestro tiempo.

En segundo lugar, la competencia transdisciplinaria es, sin lugar a dudas, una necesidad cada vez mayor en la comunidad del conocimiento. Hay disciplinas que son “transversales”, es decir, que atraviesan varias disciplinas. Tales son, en el caso del culturalista, la filosofía, la literatura, la economía, la antropología, la sociología y otras afines. Pero estas disciplinas han de ser enseñadas por los mejores profesores, y el profesor, amén de ser excelente en su disciplina, ha de poseer todas las capacidades pedagógicas y didácticas para interesar a sus alumnos en una disciplina que no es la propia de ellos y transmitirles su mística.

Por último, la experiencia interdisciplinaria es quizás uno de los mayores retos, porque ella supone tanto la excelencia disciplinaria como la experiencia transdisciplinaria, ejercidas en un proyecto concreto donde confluyen diversas disciplinas para dar a la solución su aporte específico. La tarea de las universidades debería ser la de brindar a sus estudiantes estos espacios de verdadera y real interdisciplinariedad, especialmente en las investigaciones y consultorías.